

# El catolicismo de *La cultura de la pobreza*

*Manuel M. Marzal, SJ*

Este artículo, del que publiqué una primera versión hace ya mucho tiempo (1970) y que aparecerá como parte de un capítulo de mi próximo libro (Marzal, en prensa), estudia el catolicismo popular de los pobres del mundo suburbano-marginal a partir de un conocido libro de Oscar Lewis. Precisamente este año se cumplen cuatro décadas de la exitosa aparición, en su edición original inglesa, de *Los hijos de Sánchez* (1961) del mencionado antropólogo cultural estadounidense. Esta obra recoge, como es sabido, un testimonio fascinante de la vida de una familia pobre en una colonia popular de la ciudad de México, al mismo tiempo que presenta, en su introducción, la teoría de la “cultura de la pobreza”, que Lewis había formulado ya en *Cinco familias* (1959) y que amplió en *La vida* (1966), que son otras dos obras con biografías de familias pobres. En cada una de las tres partes de *Los hijos de Sánchez* hablan extensamente los cuatro hijos del primer matrimonio de Jesús Sánchez (Manuel, Roberto, Consuelo y Marta), en tanto que el padre lo hace brevemente en el prólogo y en el epílogo. Lewis aprovecha su largo trabajo de campo con esa familia y, ocho años después, publica *Una muerte en la familia Sánchez* (1969), que recoge testimonios de Manuel, Roberto y Consuelo sobre la muerte de la tía Guadalupe, que los había criado; es sabido que el testimonio sobre la muerte de un ser querido es una buena fuente de la visión religiosa de cualquier persona.

En la introducción de *Los hijos de Sánchez*, el comportamiento de los pobres es una cultura en sentido antropológico, porque la pobreza es no solo privación, sino también:

[...] algo positivo en el sentido de que tiene una estructura, una disposición razonada y mecanismos de defensa sin los cuales los pobres difícilmente podrían salir adelante. En

resumen, es un sistema de vida, notablemente estable y persistente, que ha pasado de generación a generación a lo largo de líneas familiares. La cultura de la pobreza tiene sus modalidades propias y consecuencias distintivas de orden social y psicológico para sus miembros. Es un factor dinámico que afecta la participación en la cultura nacional más amplia y se convierte en una subcultura por sí misma. (1965: XIV)

La cultura de la pobreza tiene rasgos “universales que trascienden las diferencias regionales, rurales-urbanas y hasta nacionales” (1965: XV), que pueden clasificarse en cinco campos (1965: XV-XVII):

1. *Rasgos demográficos*: tasa de mortalidad relativamente más alta; expectativa de vida menor; proporción mayor de individuos en grupos de edad más joven; y mayor fuerza de trabajo por la participación de mujeres y niños.
2. *Rasgos familiares*: predominio de la familia nuclear; tendencia hacia familias centradas en la madre y mayor conocimiento de los parientes maternos; uniones matrimoniales libres; hogares incómodos y promiscuidad; iniciación sexual muy temprana; frecuente abandono de madre e hijos por el padre; hábito de golpear a la esposa; autoritarismo paterno; violencia física en la educación de hijos; falta de vida privada; e insistencia en solidaridad familiar, que raras veces se logra.
3. *Rasgos económicos*: lucha constante por la vida; bajos salarios; diversidad de trabajos no calificados; trabajo infantil; épocas de desocupación o subocupación; ausencia de ahorros; escasez crónica de dinero en efectivo; ausencia de reservas alimenticias en casa; pequeñas compras de alimentos muchas veces al día; uso de ropa y muebles de segunda mano; servicios informales de crédito; recurso a préstamos locales a tasas usurarias; y empeño de prendas personales.
4. *Rasgos sociales*: bajo nivel de instrucción y analfabetismo; no pertenecer a sindicatos obreros, ni a partidos políticos; no se está afiliado al Seguro Social; y poco uso de instituciones urbanas, como los bancos, los grandes almacenes, los museos y los aeropuertos. Por eso, Lewis dice que la cultura de la pobreza es “una cultura provincial y orientada localmente. Sus miembros sólo están parcialmente integrados en las instituciones nacionales y son gente marginal, aun cuando vivan en el corazón de la ciudad”.
5. *Rasgos culturales*: “orientación hacia el tiempo presente con relativamente poca capacidad de posponer sus deseos y de planear para el futuro”; sentimiento de resignación y fatalismo; creencia en el machismo y complejo de mártires en las mujeres; gran tolerancia ante la patología psicológica; caída en el alcoholismo; fácil recurso a la violencia para zanjar problemas; desconfianza a las instituciones del gobierno y odio a la policía. A estos

*“cincuenta rasgos que constituyen la configuración de la cultura de la pobreza”* (1965: XVIII), Lewis añade otros datos de la personalidad cultural de los pobres:

Los que viven dentro de la cultura de la pobreza tienen un fuerte sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia, de no pertenecer a nada. Son como extranjeros en su propio país, convencidos de que las instituciones existentes no sirven a sus intereses y necesidades. Al lado de este sentimiento de impotencia hay un difundido sentimiento de inferioridad, de desvaloración personal. Esto es cierto en los habitantes de los barrios bajos de la ciudad de México que no constituyen un grupo étnico diferenciado, ni sufren de discriminación racial [...]. Los que viven dentro de una cultura de la pobreza tienen muy escaso sentido de la historia [...]. No tienen ni el conocimiento, ni la visión, ni la ideología para advertir las semejanzas entre sus problemas y los equivalentes en otras partes del mundo. En otras palabras, no tienen conciencia de clase, aunque son muy sensibles a las distinciones de posición social. (1965: XVIII)

Lewis encuentra también cosas buenas en la cultura de la pobreza. Hay *“aspectos positivos que puedan surgir de estos rasgos”*, porque el *“vivir en el presente”* produce una espontaneidad y una aceptación de los impulsos que en nombre del futuro se reprimen en la clase media, y el recurso a la fácil violencia es un escape para la hostilidad, que también reprime la clase media. A partir de su experiencia mexicana, Lewis opina que la mayoría de los pobres *“parecen seres humanos decentes, justos, valerosos y susceptibles de despertar afecto”* (1965: XIX).

El concepto de cultura de la pobreza, aunque se haya construido sobre la base de una sola familia y aunque sea muy descriptivo, tiene cierto valor analítico. Pero extraña que Lewis no haya señalado los *rasgos religiosos* de dicha cultura, aunque sus entrevistas contienen mucha información religiosa. Por eso publiqué mi trabajo (1970), que ahora resumo, reelaboro y confronto con un estudio valioso y amplio que apareció después (Jonquieres 1973). Parto de mi habitual definición de religión como sistema de creencias, ritos, formas de organización, normas éticas y sentimientos peculiares, por medio del cual los seres humanos tratan de comunicarse con lo divino y de encontrar un sentido trascendente a la vida, y analizo las cuatro primeras dimensiones del sistema, tal como se traslucen en las biografías de los hermanos Sánchez.

## 1. LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

Los católicos de la cultura de la pobreza creen en Dios, en los “santos” o imágenes y en el demonio.

### 1.1. Fe en Dios e imagen del mismo

Jesús Sánchez y sus hijos<sup>1</sup> y familiares dicen creer en Dios y mantienen esa fe, a pesar de los duros golpes que reciben en sus vidas. Tal fe se refleja en las continuas referencias a Dios en el lenguaje diario. Por ejemplo, transcribo frases, tomadas un poco al azar, de la segunda parte del libro: “Criatura del Señor, vete pronto” (p. 262); “ay, Dios mío, ayúdame” (p. 267); “pero, gracias a Dios, no logró [...] encajarle el cuchillo” (p. 275); “mira, Marta, pídele a Dios” (p. 287); “Dios les había dado la vida, pero carecían de lo esencial para vivir” (p. 289); “no se volvió loca por obra de Dios” (p. 327); “Bendito sea Dios y [...] Madre Santísima [...], pues bendito sea Dios que me permitió pasar” (p. 345); “—verdad de Dios—” (p. 388); “y de ello doy gracias a Dios” (p. 404); “si Dios me ayudaba” (p. 405); “mientras no se porten como gente decente, como Dios manda” (p. 408); “al que no habla, Dios no le oye” (p. 500); y “primero Dios [...], con la ayuda de Dios (expresiones sinónimas en el lenguaje popular mexicano) [...], le pido a Dios” (p. 531). Aunque en estas expresiones pueden parecer simples modos de hablar, heredados de un pasado donde la religión tenía más fuerza, y que así no tienen ya sentido religioso en muchos casos, sin embargo la lectura completa de las biografías demuestra que en otros muchos casos no es así, sino que tales expresiones reflejan muy bien la imagen de Dios de los Sánchez.

Los rasgos que ellos atribuyen a Dios son estos: Dios es el Señor de la vida más que el creador del mundo; todos los bienes proceden de Dios y por eso hay que pedirselos; es autor de una ley que debe ser obedecida y es garantía de la verdad de lo que se afirma bajo juramento; se hace presente en los *milagros* y también en los *castigos* y por eso Marta define a Dios como “milagroso y castigador” (p. 333). La fe en este Dios justiciero parece rozar el fatalismo. Al respecto es muy expresivo el párrafo final de la biografía de Roberto: “Uno tiene determinada la fecha en que va uno a nacer y en que va a morir, la vida de uno también está prescrita. Tarde o temprano ha de ser lo que tiene que ser. Así creo yo que es el mundo” (p. 433). Por su parte, Consuelo, también al final de su testimonio, confirma esa actitud general, refleja-

---

1 Como en la narración salen otros nombres, recojo aquí la estructura de la familia. Jesús Sánchez se une maritalmente a cuatro mujeres: Leonor (hija de Pachita, hermana de Guadalupe y madre de los cuatro hermanos), Lupita, Elena y Dalila, y tiene en total diez hijos. Todos los hermanos, excepto Roberto, tienen uniones sucesivas, más o menos largas: Manuel con Paula y María, Consuelo con Jaime y Mario, y Marta con Crispín y Baltasar.

da en el refrán “el que nace para maceta, del corredor no pasa”, si bien Consuelo toma distancia:

Me oponía terminantemente a la palabra “destino” que infinidad de veces oía a mi alrededor. “El que nace pa’ maceta del corredor no pasa”. ¡Cuántas veces lo oía de mi padre, de mi tía, amigas, vecinas... En los velorios, o después de algún accidente escuchaba: “Era su destino”, y quedaban satisfechos. Pero yo no. Me daba miedo exteriorizar esto porque temía que me aplastaran por mayoría. // “Nada se puede hacer”, decían, “No te opongas al designio de Dios”. ¿Aceptar esto? ¡No, y mil veces no! Y entraba en una lucha también contra la Iglesia y los preceptos divinos. Es más, entraba yo a analizar la personalidad de mi Dios, contra quien nunca me rebelé, y lo estudiaba a conciencia, de rincón a rincón. (p. 455).

A pesar del duro fatalismo y de las recurrentes pruebas de la vida, no se cae, como puede suceder en casos similares en otros sectores sociales, en el ateísmo, ni en el agnosticismo. Por ejemplo, Consuelo, en su crisis en Monterrey, no duda en absoluto de la existencia de Dios. Quizás la reacción de Manuel ante la muerte de Paula, su primera mujer, parece contradecir esto. Pero por el contexto se deduce que solo fue un arrebato causado por el dolor, pues intercala una frase de arrepentimiento (“me ha podido mucho haber dicho esto”; además, la vida posterior de Manuel confirma que seguía creyendo en Dios. Dicho arrebato fue:

¡Ya se murió, papá!, grité en forma desgarradora, con rabia, con desesperación, con todas las ansias de mi vida. Mi papá entró corriendo, la abrazó y empezó a llorar. Yo me daba topes en la pared, y contra la pared me quería romper las manos. Y grité con todas las fuerzas de mi alma: “¡No es posible! ¡No es posible! ¡Dios no existe! ¡No puede existir Dios!” Me ha podido mucho haber dicho esto, pero ahí blasfemé. Yo tenía tanta fe que se salvara. Ni un solo segundo —ni tantito así— me pasó que se fuera a morir ella. Yo me acordaba que Dios dijo que la fe lo podía todo. Así que con toda la soberbia del mundo, cuando ví que se había muerto, blasfemé. (p. 201)

No debe pensarse que esta visión cultural de Dios se oponga siempre a una visión más personal. Así, Consuelo, que es la más religiosa de los cuatro hermanos, que se refiere a Dios con el pronombre Él y que tuvo en cierta época una práctica regular y hasta llegó a pensar en ingresar en un convento, dice:

Me gustaban todas las cosas religiosas y nunca dejé de asistir a todos los deberes religiosos que me había impuesto con toda conformidad y gusto. Había depositado toda mi fe, toda mi confianza en El, a quien siempre pedía permiso para todo. A El le ofrecía todos los sufrimientos y alegría que recibía en la escuela, en el trabajo y durante el día. Durante las tardes y las noches, cuando me encontraba sola, todo se lo ofrecía a El y hablaba con El y le hacía promesas a El. (p. 256)

## 1.2. Fe en Cristo y devoción al Cristo de Chalma

La última cita introduce el difícil tema de la identidad del Dios de la familia Sánchez. Por el mundo cultural en que vivían, donde hay claras referencias a las fiestas de navidad y de semana santa, podría decirse que distinguían bien al Dios invisible de Cristo que se representa en imágenes (*santos*). Sin embargo, Jonquieres, cuyo análisis incluye también los testimonios de *Una muerte en la familia Sánchez*, llega a esta conclusión al respecto:

A Cristo nunca lo distinguen claramente de Dios Padre: hasta puede preguntarse realmente si existe Dios Padre para los hijos de Sánchez. Con mayor motivo omiten hablar del Espíritu Santo o de la Trinidad. Para ellos, Dios o Cristo es el que van a ver a Chalma: 'el Señor'. Igualmente se siente uno en su presencia, pero de manera menos sensible, en cualquier iglesia; pero ninguno relaciona esa presencia con el tabernáculo o con la misa o con la hostia; por fin a Dios o Cristo se le puede rezar en cualquier parte. Consuelo lo llama sencillamente 'El' [...] Pero la familia Sánchez no puede tener sino una imagen maravillosa y sentimental de Jesús, porque no conocen mucho más que narraciones de su infancia y evocaciones de su Pasión, principalmente por el crucifijo. Si bien es cierto que la Pasión no tiene nada de sentimental en sí, su evocación despierta en el medio popular latinoamericano una especie de sentimiento confuso de solidaridad en la desgracia y de compasión enternecida, más que un arrepentimiento consecuente y la adoración. // La Virgen María no se nombra nunca como la madre del Cristo histórico; ésta, se puede decir, no existe para los hijos de Sánchez. Y ¿quién sabe si existe para ellos el Jesús de la historia? La Virgen que conocen es Nuestra Señora de Guadalupe o Nuestra Señora del Sagrado Corazón o la de Fátima [...] (1973: 56-57)

Confieso que no me parece tan fácil como a Jonquieres probar en los Sánchez ese divorcio entre el Jesús de la historia y el Jesús del culto popular, como tampoco la Virgen María, por la ambigüedad de muchas de sus expresiones de los Sánchez y porque Jonquieres trabaja con material recogido por Lewis, quien sin duda no se hizo las mismas preguntas que él. Pero creo muy probable que tal divorcio se diera en la familia Sánchez y que se dé en no pocos católicos de la cultura de la pobreza. De todos modos juzgo que, en la investigación religiosa, un problema siempre difícil es analizar con categorías ilustradas de "ideas claras y distintas" propias del investigador, las creencias populares marcadas por "sentimientos oscuros y profundos". Dejando ahora este problema, paso a analizar la imagen que los Sánchez tienen del Señor de Chalma y de la Virgen de Guadalupe.

El Señor de Chalma es un Santo Cristo que colocaron los agustinos hacia 1540 en un concurrido santuario prehispánico tras quitar la imagen allí venerada; está situado en la sierra sudeste de la capital y es, según Manuel, "el santuario de los pobres, los que con mucha fe y amor caminan sesenta kiló-

metros por entre las brechas en la sierra” (p. 19). A Chalma se va básicamente a cumplir una promesa (“manda”). Los hermanos Sánchez, menos Consuelo, y casi todos los miembros de su familia extensa van al santuario por diversos motivos; algunos, como la tía Guadalupe, van todos los años (p. 293). Manuel y Roberto acuden por primera vez siendo niños con su madre, que “era muy religiosa y le gustaba mucho ir en peregrinaciones” (p. 19). Manuel regresa con su novia Paula (p. 19) y cuando esta enferma de gravedad, hacen los dos promesa de volver a Chalma, y Paula, de ir de rodillas (p. 199), promesa que Manuel intenta cumplir en nombre de su esposa muerta, a pesar de que sus ruegos no han sido escuchados (p. 395), pero que no llega a cumplir, pues durante esa peregrinación trata de abusar de María, que será su segunda esposa. Roberto peregrina a Chalma para agradecer sus salidas de la cárcel (p. 227 y 246). Finalmente, Marta logra ir por fin a Chalma, superando la oposición, primero de su padre (“mi papá nunca me dejaba ir. Decía que no, que para qué, que eran puras payasadas, que sabrá Dios que no más se iban a emborrachar y que a lo mejor hasta me dejaban a mí por allá”) (p. 331) y, después, de su esposo Crispín.

### 1.3. *Devoción a la Virgen de Guadalupe y a los santos*

A la Villa de Guadalupe, todos van varias veces al año. Una oportunidad son las peregrinaciones organizadas por distintos gremios; Consuelo recuerda que fue por primera vez con su tío Ignacio y su esposa con la Unión de Voceadores: “Íbamos formados de cuatro en cuatro. Unos llevaban flores. A pesar de ser gente tan humilde iban en orden. Unos cantaban alabanzas. Yo sólo miraba hacia delante, hacia aquel punto lejano que pronto iba a sentir cerca” (p. 257). Pero es más frecuente ir individualmente o en el grupo familiar. Se va por distintos motivos: agradecer algún favor, como Roberto que va directamente desde la penitenciaría al terminar sus dos primeras épocas de cárcel (pp. 226 y 246); pedir perdón a la Virgen de alguna falta, como Jesús, a raíz del único disgusto que parece haber tenido con su esposa Leonor, según cuenta Manuel: “cuando regresé, el pleito había pasado. Mi papá me llevó con él a la Villa y allí le rezó a la Virgen. Lo vi llorar a él y yo también lloré” (p. 66), y con motivo de los momentos importantes de la vida, como Consuelo, cuando se gradúa en la escuela (p. 265), o Marta, cada vez que tiene un nuevo hijo (p. 333).

Pero el fervor guadalupano está presente más allá de la Villa. La Virgen de Guadalupe es el “santo favorito” de Marta (p. 334), que lleva su imagen a donde quiera que va y que pronuncia su nombre en cualquier peligro, como le sucede a Consuelo, cuando su novio Jaime la amenaza con un estilete (p.

298). En el callejón de la vecindad hay una imagen de la Virgen de Guadalupe, a la que todos hacen, al pasar, un ligero acatamiento, aunque solo sea la señal de la cruz. El 12 de diciembre se cantan las *mañanitas* y va un padre a bendecir la imagen (p. 255). En la casa de Jesús hay un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y día y noche arde ante el mismo una veladora (pp. 91 y 99). En la cárcel hay un altar con otro cuadro de la Virgen, que cuida un preso, y ante el que arde siempre una veladora costada por el último recluso (p. 233), además de las ofrecidas libremente por los demás presos (p. 239). Y hay imágenes sagradas hasta en los cuartos de las prostitutas (p. 154).

## 2. LOS RITOS RELIGIOSOS

La religión de la familia Sánchez está llena de ritos. Ellos, como todos los católicos, rezan y reciben los sacramentos, pero, como católicos populares, privilegian la oración de petición, ciertos sacramentos y sacramentales, como las peregrinaciones.

### 2.1. Recurso a la oración y la "magización" de esta

En su oración, la familia Sánchez eleva la mente a Dios o a los santos y recita alguna plegaria para obtener su bendición o algún favor concreto. Un modo de oración es el gesto sencillo de hacer la señal de la cruz. Es el gesto que Jesús enseñó a hacer a sus hijos pequeños (p. 103) y que él mismo y Roberto repiten fielmente al levantarse cada mañana (pp. 3 y 103). Enseñar a rezar es la base de la socialización religiosa. Primero, la abuelita Pachita (p. 21) y, luego, la tía Elena (p. 103) hacen rezar a los cuatro hermanos, al acostarse y levantarse.

La oración brota con fuerza con motivo de las crisis. Así, cuando desaparece Faustino, bracero en Estados Unidos con Manuel, este lo halla rezando en un templo (p. 342). Roberto pide a Dios que su familia dé señales de vida, pues lleva varios días en la cárcel y nadie sabe nada de él, y poco después de su oración confiada ("si algo tengo de bueno, quizás sea eso, una fe ciega en Cristo Nuestro Señor"), ve aparecer a su hermano Manuel (p. 237); con todo, Roberto sigue preso y promete al Señor de Chalma visitarlo de nuevo: "si hacía ver que yo era inocente. Día a día se lo rogaba yo, a cada instante, cada momento, cada latido de mi corazón era una plegaria para el Señor. Pues así estuve durante siete meses" (p. 238). Por su parte, Consuelo "casi todos los días iba a la iglesia a rezar y poner veladoras" por su hermano preso (p. 268). Y en sus épocas de crisis, cuando no hallaba trabajo, porque todos los puestos

a donde iba siguiendo avisos de los diarios, o ya estaban ocupados o le hacían proposiciones deshonestas, confiesa: “No me quedaba otro consuelo en esos momentos que refugiarme en una iglesia y llorar. Pero, desgraciadamente esto poco a poco se fue perdiendo” (p. 269).

Se reza, en general, a Dios y a las distintas advocaciones del Señor o de la Virgen, sobre todo al Señor de Chalma y a la Virgen de Guadalupe. Pero se recurre también a otros santos, según la especialización de los mismos en la cultura popular. Así, a San Benito se reza para que haga regresar a los maridos ausentes; Marta dice al respecto: “él los golpea, cuando están con la otra mujer. Yo tenía miedo de rezarle, porque a lo mejor me sale chueco el tiro y regresa peor que antes” (p. 307). A San Antonio se le reza para que aparezcan las cosas perdidas, pero también “para traer los maridos, los amantes o los novios”. Además, no basta con rezar con confianza, sino que hay que interesar a San Antonio, tapándole la cabeza, como se hizo cuando Roberto desapareció de casa:

Se pone un San Antonio de cabeza y se le tapa al Niño y atrás el retrato de la persona y se le amarra en cruz con un listón rojo. Se le prende su vela y se le dice: “San Antonio, si no me cumples lo que te pido, no te dejo ver a tu Niño”. Dicen que San Antonio quiere mucho a su Niño y, por eso, para que se apure en cumplir lo que se le pide, debe tapárselo. Si alguno tiene prenda de aquella persona —calcetines, calzones—, con ésta se envuelve al santo; es más efectivo. (p. 307)

Este gesto no es solo expresión popular de la enseñanza evangélica de insistir ante Dios para que oiga, como en la parábola del juez inicuo (Lc 18, 1-8), sino cierta forma de magización de la plegaria, que resulta eficaz no tanto por la fe que expresa cuanto por las circunstancias de la misma. Por ejemplo, los rezos al *Ánima* de Juan Minero, un santo informal, y a la Santa Muerte, que es Cristo muerto. Al primero, se le prende su veladora a las doce del día, se coloca un vaso de agua detrás de la puerta y se golpea esta tres veces, mientras se rezan tres padrenuestros. A la segunda, se le reza a las doce de la noche, con una vela de sebo en la mano y ante el retrato del ausente cuyo retorno se implora. Marta compró, iniciada por su mediahermana Antonia, una estampa con una oración, pero no la llegó a rezar, porque con su pareja Crispín “no quería nada a la fuerza”. La oración es esta:

Jesucristo Vencedor que en la cruz fuiste vencido, quiero que por tu intervención, Padre, me traigas a Crispín, que está vencido conmigo en el nombre del Señor. Si es un animal feroz, manso como un cordero, manso como la flor de romero tiene que venir. Pan comió, de él me dio; agua bebí y de ella me dio. Y por todas las cosas que me prometió quiero, Señor, que por tu infinito poder, me lo traigas rendido y amolado a

mis pies a cumplirme lo que me prometió. Como creo, Señor, que para ti no hay imposibles, te suplico encarecidamente me concedas esto que te pido, prometiendo hasta el fin de mi vida ser tu más fiel devota. (p. 306)

La brujería, definida como modo de dañar a otra persona a través de sustancias, ritos y conjuros, ocupa un lugar en varias personas del entorno de los Sánchez. Consuelo refiere las brujerías de su mediahermana Antonia:

Antonia hacía brujerías con una vecina, la señora Luz [...] que profesaba otra religión, la evangelista, o espiritista [...] Cerraba la puerta para que nadie llegara a importunarlas [...]. Antonia encendía el brasero, mientras Luz se metía en la pieza a regar el agua de las botellas en las paredes y en el piso, diciendo algunas frases. Cuando la luz encendía bien, Luz quemaba sus yerbas y flores. Mientras se quemaban, Tonia le acompañaba en sus murmuraciones. Cuando se enfriaban las cenizas en el anafre, Luz agarraba un puño y decía a Antonia que le pidiera lo que quisiera: 'su magia todo lo puede'. Antonia pide algo —no bueno desde luego— y Luz entre murmuraciones riega el polvo por todos los rincones de la casa. (p. 136)

Manuel cuenta el embrujamiento de Ignacio, esposo de su tía materna Lupita, al que esta había embrujado, aunque comenta: “él siempre se queja de que su mujer lo tenía embrujado, pero él siempre traía a la pobre señora con los ojos morados” (p. 167). Y Marta narra otro caso de embrujamiento, el de su tío materno Lucio por su esposa Julia, que lo engañaba con un ferrocarrilero y le hizo daño, por el que logró que Lucio no solo aceptara el engaño, sino que la tratara amablemente. Según Marta, para ello debió darle agua de coco y toloache, una especie de té, y medirlo con un listón negro, porque de la noche a la mañana se enfermó Lucio y murió; además, “todos saben que Julia también midió a su primer marido, el padre de sus hijos, porque en uno o dos días murió” (pp. 147-8).

## 2.2. *Sacramentos populares y culto católico*

Entre los sacramentos, el más popular es el bautismo, que todos reciben como parte de la cultura. Aunque, para esta, sean ritos de paso también la primera comunión, el matrimonio y los ritos fúnebres, la realidad en los Sánchez era otra. Solo Consuelo hizo la primera comunión de niña y con cierta preparación, pues su padre le compró un libro para ello (p. 105), aunque diga que no conoció lo que era la eucaristía, sino de joven en una conversación con una amiga (p. 257). Marta hace la primera comunión a los trece años (p. 334) y no volvió a comulgar más. Roberto, a los 21 en la cárcel, donde, como cuenta, “para hacerla como la hacen los pequeños, me dieron una vela y una es-

tampa donde se recuerda el día; y también chocolate y pan. Me metí en la cama y estuve ahí todo el día... no quería que nadie me turbara, pues me sentía tranquilo, estaba en paz conmigo mismo” (p. 410).

Además, la misa dominical no es práctica regular. Dice Consuelo: “mientras vivía Elena con nosotros íbamos a oír misa —mi padre nunca nos llevaba— y aprendimos a celebrar las fiestas religiosas, como el día de muertos y la semana santa” (p. 106). A Marta le hubiera gustado repetir cada año su visita a Chalma y “ver al Señor y rezar [...], porque yo nunca me acerco a la iglesia. De ir a misa cada ocho días y confesarme, como cuando era chica, pues no puedo hacerlo porque estoy amancebada y dicen que los amancebados no pueden entrar en la iglesia” (p. 333). Roberto habla más de la misa, a la que asiste cada domingo durante sus largas estancias en la cárcel:

Iba a misa cada ocho días en la cárcel. Aun ahí, cuando estaba dentro de la iglesia y me hincaba, sentía una gran cosa que sólo en la iglesia he sentido... Me transporto, si no al otro mundo, cuando menos sé que afuera de esas puertas dejé un mundo lleno de vilezas y canalladas. Y cuando hago mis oraciones a Dios, siento que Él me está escuchando. Bueno, no sé explicarme, pero es una cosa que nunca he sentido en ninguna otra parte. Es mi único consuelo en la cárcel. (p. 409)

Más lejano aun resulta el matrimonio católico. Ninguno de los cuatro hermanos se casa por la Iglesia; Jesús lo hizo con Elena, poco antes de morir esta, ante el cura que fue a atenderla (p. 517) y Manuel quiso hacerlo con Paula, en la misma situación, pero entonces el cura se opuso (p. 200). Manuel expone, al narrar la primera vez que fue con Paula a un hotel, sus razones contra el matrimonio. Una es que la entrega sexual es una prueba de cariño: “un día decimos: Dame la prueba de tu cariño. Si en realidad me quieres, ahorita te vas conmigo. Nunca pude comprometerme a casarme por lo civil o por la Iglesia, nunca se me ocurrió, y eso pasa con todos los [...] que conozco” (p. 63). Otra razón, la celebración entraña gastos que no se pueden sufragar: “se pone uno a analizar lo que sale un casamiento, pos no más no tiene uno para casarse. Entonces opta uno por vivir así no más, ¿verdad?” (p. 63). Tercera razón, el matrimonio civil no proporciona ventajas porque “el pobre no tiene nada que dejarle a su hijos, así que no tiene necesidad de protegerlos legalmente [...] Las gentes de mi clase no tenemos nada” (p. 63). Cuarta razón, el temor al fracaso:

[...] yo no podía aceptar todas las responsabilidades legales a riesgo de sufrir un fracaso [...] Las mujeres no buscan casarse [...]; aquí en México tienen la firme creencia de que la amante lleva más buena vida que la esposa. El fenómeno más común es que, una vez que la mujer se ha ido con uno, pues al cabo de los seis meses [...] comienza a protestar

y a querer que se case uno con ella. Pero esto es lo convenenciero de las mujeres, lo quieren tener a uno amarrado con cadenas. (p. 64)

Bastante similar es el razonamiento de los demás Sánchez. Y hay una nueva razón: el mayor compromiso del matrimonio católico, como lo observa Marta de un hermano de Crispín y de su esposa que han estado juntándose y separándose, y me extraña que siendo tan católicos traigan la cruz rodando de aquí para allá (p. 303). Pero el matrimonio católico es el modelo ideal para Marta, que confiesa:

Era mi mayor ilusión, mi sueño dorado, casarme por la Iglesia, salir de blanco... Yo veía, verdad, que muchas empezaron a irse, pero no estaba bien eso, porque aparte de que hacía una sufrir a sus padres, las gentes ya no le tenían a una por buena [...] Porque yo también fui débil. Ahora reflexiono, debieron aconsejarme, pero nunca me dijeron nada. Nadie me aconsejó máxime que me veían jugar siempre con hombres... Por eso, cuando Crispín me dijo que nos fuéramos y que después sus padres hablarían con el mío que nos íbamos a casar, quedamos de acuerdo. Esa misma noche me fui. (pp. 159-60)

A pesar de esta autocrítica de Marta, la motivación ética para no convivir sin estar casado por la Iglesia parece que influye poco. Solo Consuelo la insinúa, cuando decide huir con Mario, si bien ella, en plena crisis (sin trabajo, abandonada por su padre, con una vida difícil en casa de su tía y perseguida por el borracho de Jaime), trata de ahogar los remordimientos: “¡Qué ironía! Yo que [...] deseaba ardientemente tener la pureza de una monja..., iba a irme con ese hombre para tener paz [...] En el fondo siempre me dolía lo que sucedía, pero no demostraba mi sentimiento. Trataba de portarme cínica. ¡Qué más daba!” (p. 300).

Las referencias a los últimos sacramentos (confesión, comunión en forma de viático y unción de los enfermos) son vagas y los Sánchez solo hablan de “llamar al padrecito para que los prepare a bien morir”. Leonor murió casi de repente y así, según Manuel, “no tuvo tiempo mi padre de llamar al cura” (p. 18), frase que supone que entonces debe llamarse al cura. Elena sí tuvo tiempo de llamar a este, quien la casó con Jesús. Cuando Paula se puso grave, también llamaron al cura. La escasa instrucción sobre los últimos sacramentos se extiende a la visión de la muerte. Jonquieres, que ha estudiado más este punto en *Una muerte en la familia Sánchez*, escribe:

En *Los hijos de Sánchez* no se ve ninguna especulación acerca del más allá. Bien poco hablan del cielo o del infierno, y aun hablan poco de la muerte. Para ellos hay moribundos, muertos, almas que penan, el panteón —cuya simple vista angustia a Manuel— y a lo sumo una simple supervivencia, ésta última negada por Manuel en *Una muerte*.

Cuando Consuelo habla de su esperanza de ver a Dios, no es cierto que esté pensando en el cielo; quizás se trate simplemente de alguna visión, como dice haberle ocurrido un día que soñaba despierta.<sup>2</sup> (1973: 57-58)

Esta visión *intramundana* de la muerte de los Sánchez parece clara en estos datos. La abuela Pachita pone el día de los difuntos una veladora y comida para los muertos (p. 21) y lo mismo hacen los hermanos de Jesús por este, al creerlo muerto (p. 45). Entre los consejos de la abuela moribunda, Manuel oyó: “Si Uds. se portan mal, el ánima de su madre y mi ánima no van a poder descansar en paz. Siempre que recen, récenme un padrenuestro, porque es como si yo les estuviera pidiendo de comer”. Si la segunda parte de la frase puede ser una metáfora del sufragio cristiano por los difuntos, la primera parece aludir a la creencia en almas que penan errantes y causan *espantos* (p. 35), arraigada en el imaginario colectivo mexicano. Casi todos los miembros de la familia Sánchez, como Lupita, Manuel, Roberto y hasta Jesús, han sido víctimas de espantos.

Las almas en pena se presentan de diversas formas. A Lupita le pican las costillas o le avientan bolitas de pan (p. 153). A Manuel, que, al volver a casa una noche, ya de madrugada, “vio una viejita que llevaba una carretilla con trastes. Vio que la vieja, una viejita se metió en un baño y oyó que se le cayeron todos los trastes. Corrió a ayudarla y que no era nada. Llegó a la casa blanco de susto” (p. 35); además, Manuel cuenta sobre su primer viaje a Chalma que en el camino hay cruces donde murió alguien, “y hay la creencia de que aquel espíritu está esperando posesionarse de las criaturas, y cuando uno pasa cargando un niño por ahí, hay que gritarle el nombre de la criatura para

---

2 La experiencia a que se refiere Jonquieres tuvo lugar en Monterrey, donde Consuelo había comenzado su difícil convivencia con Mario. Ella la narra así: “En aquel cuartito me hallaba sola. Mario se había ido a trabajar al correo. Todo me dolía: la cadera, las piernas, como si me hubieran molido a palos... Luego mis dolores fueron desapareciendo. Me sentí libre de todo lo que pesara, libre de mi cuerpo, como si de pronto me hubiera dividido en dos. Una parte flotaba y la otra quedaba en la cama. ¡Al fin!, murmuré y sentí una sonrisa en mis labios. Sintíéndome tan livianita como nunca antes me había sentido le vi, ahí en el techo, a Él. Había una cruz luminosa de color verde —un verde no igual al color— y en el centro una llamita. Parecía como si me fuera incorporando. Ya no sentí el cuerpo adolorido. Flotaba yo en el aire, era yo una especie de velo que poco a poco se levantaba. Era tan alto, tan hermoso lo que sentí que no encuentro palabras exactas para decirlo. Sólo podría decir que en un zigzag entré en la nada. Se me había cumplido lo que toda mi vida había esperado. Mi dicha fue inmensa, no se puede decir qué grado de felicidad alcancé. Duró unos minutos. Muy lejos oí la voz de uno de los hijos de mi vecina: ¡Chelo, Chelo, ahí la buscan, creo que es su papá! Hasta entonces desapareció. Yo quisiera permanecer así siempre” (p. 443).

que no se quede ahí su alma” (p. 19). A Roberto, que en cierta ocasión ve un charro que brota de un tinaco, prende su puro y desaparece, y en otra un grupo de monjas precedidas por un cura que avanzan por una pared (pp. 83 y 183). A Jesús, como cuenta Marta, se lo andaba cargando un muerto, pero él —según la pauta cultural aprendida— “a pura grosería se lo alejó, porque dicen que a las almas que fueron buenas se les dice de groserías, y a las malas, se les reza; es cierto que las almas no sólo espantan, sino que avisan donde hay dinero” (p. 153).

### 2.3. Participación en las peregrinaciones

Roberto y Marta hacen vivos reportajes de la de Chalma, en los que narran el itinerario de los peregrinos y describen los puntos más notables del mismo. De estos, Marta queda impresionada por el frondoso árbol del *ahuehuete*, donde cuelgan “muchos recuerdos, trenzas y patas de enyesado, retratos, vestidos, muchas cosas”, y donde ella cuelga su corona, pues, por ser la primera vez que iba, tenía que tener su madrina y comprarse una corona y bailar con ella puesta:

Debajo del ahuehuete está brotando harta agua y de ahí parte un río que va a dar hasta Chalma. Dicen que esa agua cura. Las niñas iban ardiendo en calentura y bien pintas de sarampión... lo llevaban hasta en los ojos. Y mi tía que las mete en el agua. Yo dije: ‘Ya se me van a moribundear aquí estas niñas, se me van a petatear aquí mis hijas’, pos no, no les hizo daño. (p. 332)

Otro lugar notable del camino son las *rocas encantadas*. Manuel recoge la leyenda de cada una de ellas, que narra la forma de encantamiento de algún personaje de la cultura popular. Una es el *Arriero*, que representa a un campesino que mató a su socio y se convirtió en piedra. Otra, los *Compadres*, que representa a un hombre y una mujer que, siendo compadres, tuvieron relaciones sexuales y por eso se convirtieron en piedra. Otra, el *Cura*, que “por no sé qué pecado”, también se volvió piedra. Según Manuel, el encantamiento terminará: “La gente de edad tienen la creencia de que aquellas rocas cada año por sí solas dan una vuelta. Cuando hallan llegado dentro de la iglesia, van a volver a su estado normal” (p. 20).

Marta señala entre los peregrinos a los músicos (“vienen tocando su chirimía, una musiquita re triste”), a los danzantes y a los penitentes (“los que bajan de rodillas, vendados de los ojos, con coronas de espinas; otros van con nopales en el pecho y en la espalda, o en las piernas; son los que van a pagar

las mandas”) (p. 333). Manuel dice que cada penitente tiene un padrino que le ayuda, lo que origina otro compadrazgo en la cultura de la pobreza:

Hay [...] personas que van con la penitencia de ir de rodillas desde las cruces del perdón hasta el atrio de la iglesia. Hay padrinos para bajar la penitencia; el que va con la penitencia va de rodillas y los padrinos le ayudan con una cobija, se la ponen en la tierra, pero a trechos tiene que andar sobre la tierra vil, sobre las rocas. Hay otros que compran cuerda, un mecate de tendero, que es lo más rasposo que hay y se amarran los tobillos y caminan con los pies así. Aquel mecate les va cortando, les va cortando, hasta dejarles los pies bañados en sangre. Nunca flaquean, no, aunque lleguen sangrando y casi sin cuero en las rodillas, con el puro hueso. (p. 20)

Nótese de paso el carácter sangriento que tienen a menudo las *mandas* o promesas, que descansa en el supuesto de que Dios acepta más lo que más cuesta. Pero la fe en este supuesto, la seriedad atribuida a la promesa y la emoción religiosa que experimenta el penitente al cumplirla, hacen que la penitencia produzca gozo. Roberto lo dice, no como cronista de la peregrinación como sus dos hermanos, sino por experiencia propia:

Fui caminando despacio desde Santiago a Chalma, serán unos treinta o treinta y cinco kilómetros. Y caminé y caminé y caminé. El camino se me hizo pesado porque había llovido y estaba lodoso como chicle y las piedras por dondequiera se me enterraban... Yo nada más llevaba la mira fija en cumplir con el Señor y no renegar de nada absolutamente. Al contrario, si más escabroso hubiera sido el camino, hubiera sido mejor, porque entre más sufría yo dolores físicos, más satisfecho me encontraba yo. Bueno, ésa es la razón de las mandas para mí. (p. 246)

Aunque la peregrinación a Chalma tenga aspectos bastante agradables para los peregrinos, muchos de los cuales proceden del áspero mundo de las colonias populares suburbanas, como el paisaje pintoresco, la belleza del santuario, la frescura del manantial que brota del *ahuehuete* o el colorido de la multitud, el clímax de la peregrinación se da sin duda cuando los peregrinos se postran por fin ante el Santo Cristo de Chalma. Manuel lo sintetiza diciendo: “Parecía como si a mí solo me estuviera recibiendo y eso me hacía sentir algo muy bonito” (p. 60). Y Roberto lo recuerda así: “Ya estando al pie del altar del Señor, clavé mi cabeza y lloré. Ya no me sentía yo cansado, ni triste, ni apesadumbrado” (p. 229).

Esto lleva al tema de la emoción religiosa, que tiene tanta importancia en la experiencia religiosa popular y que, sin embargo, ha sido tan poco estudiada. La emoción es una dimensión clave de la religión de los Sánchez. En efecto, dicha religión, aunque tenga una cosmovisión que da sentido a la vida, expresa ante todo un complejo sentimiento de amor y de dependencia, de te-

mor y de esperanza. Tal sentimiento es religioso, por su referencia al mundo sagrado, profundo, por la intensidad que suele tener, y catártico, por la función liberadora de tensiones que cumple en la vida de los pobres. Tal sentimiento se experimenta a menudo en cualquier práctica ritual, pero sobre todo en los lugares de peregrinación como Chalma. Así lo manifiesta Manuel:

Siempre me daba una gran satisfacción entrar a la iglesia y ponerme de rodillas ahí en la frescura de la penumbra del templo y ver la figura del Santo Cristo de Chalma. Parecía como si a mí solito me estuviera recibiendo y eso me hacía sentir algo muy bonito, porque yo tenía mucha fe en ese tiempo. Le pedía yo al Señor, al Santo Cristo de Chalma, que me diera fuerzas, que me abriera algún camino para buscar bastante dinero para poderme casar con Graciela, y también que ella no me engañara. (p. 60)

Bastante similar es el testimonio de Roberto, quien, al salir la primera vez de la cárcel, cumple su manda de ir a Chalma, y después de caminar unos treinta y cinco kilómetros, llega por fin a la puerta del templo:

Caminé de rodillas desde la primera puerta del santuario hasta el altar. De momento me sentí apesadumbrado, abatido, pero empecé a rezar con todo mi corazón. A cada oración que terminaba no me faltaban ganas de llorar. Ya estando al pie de altar del Señor, clavé mi cabeza y lloré. Ya no me sentía yo cansado, ni triste, ni apesadumbrado. Di gracias a Dios por haberme escuchado y di un corazoncito de plata y unas veladoras, y dejé unos centavos de limosna. No creo que Dios necesite de esos centavos, pero es una satisfacción muy grande darlos, porque le pueden servir a un mortal que esté necesitado, porque la Iglesia se encarga de repartirlos. (p. 229)

Finalmente, Marta se deja contagiar del sentimiento colectivo (“de ver tantos fieles que van a venerar al Señor me dio sentimiento y lloré”) y llega a identificar la celebración religiosa con las lágrimas (“cada vez que entro en una iglesia, cada que veo una peregrinación lloro, y cualquiera que llegue a Chalma, a las puertas de la iglesia, llora”), aunque su visión del Señor de Chalma parece deberse más a la visión cultural del entorno que a la propia experiencia personal:

El Señor de Chalma dicen que es muy milagroso y muy castigador. Porque Él hace... pos ha de hacer, no sé, muchos milagros, pero también el que le queda a deber una manda dicen que lo castiga, ¿verdad?. Yo pedí por mi papá. Pedí que me mandara un buen trabajo —pero creo que no me lo mandó nunca— y que Él nos socorriera. Y que si no era, ora sí que para bien de mis hijas y para el mío este Crispín, que mejor me lo retirara. Fue todo. (p. 333)

### 3. LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN RELIGIOSA

#### 3.1. *Sentido de pertenencia a la Iglesia*

A pesar de su práctica no regular ya analizada y de sus inconsecuencias éticas que luego analizaré, los Sánchez se tienen a sí mismos como católicos y se autoidentifican con la Iglesia Católica. Por ejemplo, Jesús Sánchez dice:

Sobre religión, pues mire usted, mis padres me inculcaron esta religión y, claro, el hombre que estudia, el hombre que tiene cultura, su punto de vista es otro... Mi manera de ser católico es ésta: yo pocas veces voy a la iglesia, pero no por eso dejo de ser católico. A mí no me gusta salir echando 'cuetes', llevar a los santos flores y tantas cosas para que sepan que soy católico. Yo soy católico a mi manera, como creo yo que está bien. (p. 522)

Una actitud muy similar es la de Marta, quien declara: “si no soy muy católica, tampoco soy muy masona, pero quiero que mis hijas hagan su primera comunión y yo las mando a la doctrina, cada que hay, cada martes en su doctrina. Y ya después, si son apegadas a la iglesia, será por ellas no por mí”, para terminar con una frase típica del católico popular: “yo no frecuento la iglesia, pero tengo mis santos favoritos” (p. 333). Lo mismo sucede con los personajes secundarios. Así, Manuel, al recordar las oraciones y devociones que le enseñaba su abuela Pachita, dice que ella “tenía muy arraigado el culto religioso” (p. 21). Consuelo dice que Santitos, madre de Elena y suegra de Jesús, “era muy religiosa. Siempre estaba vestida de negro y rezaba todas las noches, lo que me parecía a mí muy raro en ese tiempo” (p. 105); por eso, recuerda los ocho días que vivió con Santitos: sentadas las dos en un banquito, ella me platicaba cosas de religión (p. 258). Y en fin, Baltasar, segundo esposo de Marta, se autodefine así: “Yo sé que soy católico, porque voy a la iglesia, porque creo en un santo y me encomiendo a él, y para más, no sé ni per-signarme” (p. 498). Sin embargo, una cosa es que los Sánchez se consideren católicos y otra, que tengan una visión clara de la Iglesia. Jonquieres observa al respecto:

Al obispo que vive a unas cuadras ni lo nombran y al Papa, una sola vez, en términos desfavorables.<sup>3</sup> En cuanto a la Iglesia, es una abstracción inasequible para los hijos de

---

3 El texto a que alude Jonquieres es de Manuel: “Después de leer sobre la vida tan humilde de Jesús me pregunté: ¿Que el Papa duerme en el suelo? ¿Que él lleva una vida como la que llevó el Nazareno, pidiendo limosna en los caminos, sin comer, sufriendo aguaceros a la intemperie, predicando el evangelio por amor al prójimo? No, el Papa vive en una opulen-

Sánchez; no es ni siquiera la depositaria de las Escrituras, ya que no tienen conciencia de que predica la palabra de Dios y pasa al contrario por la que prohíbe la lectura de la Biblia.<sup>4</sup> La palabra Iglesia no se encuentra más que dos veces en todo el libro —salvo error— en boca de Consuelo, es decir de la que representa menos a su medio y la única que se atrevió una vez a consultar a un sacerdote [...]. La institución eclesial y sacramental en cuanto tal, pasa, pues, totalmente inadvertida: lo que existe sí, en este barrio, es el 'catolicismo', 'los católicos' y sus costumbres, un modo de vivir en sociedad que, a las buenas o a las malas, es el bien común de todos. (1973: 58)

### 3.2. Imagen sobre el sacerdote

La visión de los Sánchez sobre los sacerdotes está poco perfilada, porque en realidad no tienen mucho contacto con ellos. A partir de este escaso material que procede sobre todo de Manuel, dicha imagen se puede reducir a tres puntos. El primero es que el sacerdote es ante todo el ministro del culto, a quien se trata con respeto y distancia. Casi el único contacto con el mismo son los ritos. Así, un sacerdote va a casar *in articulo mortis* a Elena con Jesús, un sacerdote asiste a Paula moribunda, un sacerdote bendice la imagen de la Virgen del barrio en las *mañanitas* guadalupanas y otro sacerdote celebra la misa en la cárcel de México y de Veracruz, cuando está preso Roberto. En ningún momento se dice que alguno de los Sánchez o de su entorno tengan amistad con

---

cia portentosa, lo más fantástico en cuestión económica, porque dicen que todas las iglesias del mundo tienen que mandar su dinero para allá. Aquí, simplemente, no más con lo que juntan la catedral y la basílica de Guadalupe en un domingo, yo podría vivir toda mi vida descansadamente con toda mi familia. Entonces, ¿cuál es la pobreza que vive el Papa? ¿Y dónde está su caridad si hay tanta miseria en la misma Roma?" (p. 348).

- 4 La biblia era tabú en el mundo católico popular mexicano. Los Sánchez no tienen contacto con ella, sino a través de evangélicos. A Manuel uno de estos, bracerero, le regala en Mexicali un Nuevo Testamento. Roberto tiene un compañero de prisión en Veracruz, también evangélico, que "constantemente andaba leyendo la Biblia"; Roberto recuerda: "Siempre había tenido una curiosidad enorme de leer la Biblia, pero tenía miedo a leerla por miedo a ser excomulgado. Cuando tenía yo como catorce años leí el Antiguo Testamento por mi pasión por la historia. No sé de dónde la saqué, porque mi padre no admitía eso en casa. Un amigo me había dicho que podía leer el Antiguo Testamento, pero me advirtió que no leyera el Nuevo Testamento" (p. 347). También es significativa la reacción de Manuel: "Después que penetré más en la Biblia, le agarré temor, no porque fuera diferente de lo que me habían enseñado, sino que, una vez penetrado, ya sabe uno las leyes, es como abogado graduado, sabe que por cada delito que comete la pena que le corresponde... Ahí me di cuenta que los santos eran ídolos de yeso y piedra, de barro, hechos por mano del hombre, así que, ¿para qué iba a rezarles? También me di cuenta, por tanto santo que tenemos, tantos dioses como tenían los aztecas, la única diferencia es que modernizaron las imágenes. Para mí hay un solo Dios y Dios es amor" (p. 348).

un sacerdote; quizás la tuvieron en sus pueblos de origen, antes de migrar a la capital, pero ahora no. Así, el sacerdote es solo el ministro del culto, que de ordinario acoge de modo cordial, pero que siempre resulta distante.

Esa cordialidad del sacerdote es el segundo punto. Es lo que más gusta, por ser lo que más necesitan los corazones golpeados de la cultura de la pobreza. Es típica la experiencia de Manuel en Estados Unidos como bracero, donde halla un sacerdote en un mundo hostil y desconocido:

Vimos una iglesia. El padre desde el primer día que llegamos muy atento, muy cariñoso. Vino al campo a hablar con nosotros: ¡Muchachos, les espero en la iglesia mañana. Voy a tener una misa en honor de ustedes! ¡Hombre!, pues con aquella cosa se siente uno en un plan más humano. (p. 347)

Por eso, cuando algunos braceros deciden al otro día no ir a la misa y se quedan jugando baraja, Manuel se los echa en cara, insistiendo en el cariño del sacerdote (“se toma la molestia de venir con todo su corazón, con toda su voluntad a invitarnos a una misa especial para nosotros”), y llega a hacer una distinción no frecuente entre la conducta del sacerdote y el valor de la religión: “Muchos de ustedes están diciendo ahorita que los padres son igual a uno y a veces peor...; que eso sea, no tiene ahora que ver, uno va a la iglesia no a ver al padre, uno va a rezarle a Dios” (p. 347).

El tercer punto es la crítica a los sacerdotes por sus faltas al celibato y, sobre todo, por ser interesados. Al menos es lo que critica Manuel, quien dice: “De los curas estoy desengañado, porque no creo que sigan la ley de Dios... Y da la coincidencia que siempre tengan una hermana viviendo en la casa, y los chamaquitos son sus sobrinos” (p. 348). Ante Manuel ya había criticado el ser muy interesados, al hablar de la llegada del padre a atender a Paula moribunda:

Al verlo, me espanté y le dije: Padre, quiero casarme con esa mujer. El volteó para mirarme: —Mm, ajá, ahora quieres casarte con ella. ¡Tantos años que tuviste para hacerlo! No me quiso casar. Yo pensaba pagarle...; antes de dar la bendición última a un enfermo preguntan si tiene dinero... pero yo no le di nada, porque no quiso casarnos. Se salió muy disgustado. Yo también me disgusté. El padre es un siervo de Dios... y si Dios ve que un tipo cualquiera, siendo su hijo, está sufriendo, no le va a dar un palo más sobre el sufrimiento que él tiene. (p. 200)

Sin embargo, la visión de Roberto es más positiva y, así, él, en uno de sus viajes a Chalma, además de un corazón de plata y unas veladoras, dejó “unos centavos [...] y es una satisfacción muy grande darlos, porque [...] la Iglesia se encarga de repartirlos” (p. 229). Cuando peregrina a la Villa, al salir de la cárcel, va “pidiendo limosna para dar al sacerdote. No reuní mucho, pero me dio mucha satisfacción darlo todo” (p. 226).

#### 4. EL COMPORTAMIENTO ÉTICO

En las vidas de los Sánchez, extraña el hiato o la contradicción entre la conducta religiosa y la ética. Esta puede analizarse en el campo individual, familiar y sexual, social, económico y cívico, como lo hace Jonquieres, viendo el hiato entre el comportamiento ético ideal y real. Yo voy a limitarme al campo familiar y sexual, el robo y la violencia. Es claro que, en la cultura de la pobreza, la inmoralidad aparece más, no porque siempre sea mayor, sino porque es más visible. Faltos del refinamiento de la cultura burguesa y expuestos como en escaparate a todos los ojos por la estrechez de las viviendas, los pobres muestran una conducta ética condenable, aunque no falten atenuantes, como el escaso nivel educativo, la dureza de la vida y la promiscuidad.<sup>5</sup>

##### 4.1. *Desorden sexual, robo y violencia*

Recojo ciertos rasgos en la conducta familiar y sexual. El primero es la generalización del amasiato; todos las uniones de Jesús (cuatro) y de sus hijos Manuel (dos), Roberto (una), Consuelo (una) y Marta (dos) se hacen por amasiato, aunque a la hora de la muerte traten de legalizar la situación de facto y aunque el matrimonio católico sea un ideal, que logra por fin Roberto.

El segundo es la extensión de la prostitución; hay una prostitución más oficial, sobre la que Marta ofrece una buena información (pp. 153-4), y otra informal en hoteluchos; los jóvenes van muy precozmente a los prostíbulos (p. 84); no faltan hombres que viven de la prostitución de sus novias o amasias (p. 40-2) y esta llega a verse con indiferencia, al punto que Baltasar visita a su hermana en el prostíbulo de Acapulco donde trabaja (p. 420).

El tercero es la frecuencia bigamia o *doble frente*. Es típico el caso de Manuel, que vive con Paula y al mismo tiempo visita a su antiguo amor, Graciela; aunque al principio siente remordimiento de su infidelidad (“mi vida para mí era un infierno, porque no concebía la vida sin ninguna de las dos [...] Yo sólo me despreciaba. Sentía odio contra mí mismo”) (p. 187), poco a poco

---

5 Es muy expresivo el testimonio de Manuel: “Mi suegra y su marido vivían en un cuarto con una cocina en el número 30 de la calle Piedad. En ese tiempo cuatro de sus hijos con sus familias dormían allí [...] Así es como nosotros trece: cinco familias cabíamos en aquel cuartito. Eso de vivir juntos en un mismo cuarto es un freno a la libertad individual... Ya de adulto sí he tenido experiencias muy amargas. Estando conviviendo juntos nunca, nunca puede llevar uno armonía entre la familia... El más grande de los inconvenientes para vivir juntos es para la vida sexual” (pp. 168-9).

parece llegar a la tranquilidad (“mi vida para mí era muy agradable; tenía el amor de mi esposa y el amor de Graciela y necesitaba de las dos para ser feliz”) (p. 191). Jesús también practica el doble frente y lo defiende con naturalidad (p. 525).

El cuarto es *la precocidad sexual*. No solo por la edad en que la mayoría de los Sánchez comienza su vida marital, pues Jesús lo hace a los 16 años (p. 10), Manuel a los 15 (p. 62) y Marta a los 14 (p. 157), sino por la edad en que tienen sus primeras experiencias sexuales, a menudo al comenzar la pubertad (pp. 24, 25 y 76).

El quinto es la difundida homosexualidad de la cárcel (p. 81 y 242) y casos no raros de *perversión sexual*. Un hombre que abusa de su hijastra (p. 400); el novio de una amiga de Marta, Irela, que para castigar a esta por haberla visto con otro, abusó de ella y se la entregó a un amigo para que este también abusara (p. 158); y la muchacha violada por su novio y por todos los amigos de la palomilla de este (p. 153).

El sexto es *el aborto*. Pero este parece ser menos frecuente que en otros sectores, pues hay un gran respeto a la vida y más valor para afrontar las consecuencias de un mal paso. En la obra se habla sobre todo del aborto que se provocó Tonia, hija de la segunda mujer de Jesús y que es narrado por los cuatro hermanos (pp. 92, 137, 180 y 329), lo cual parece indicar su carácter excepcional. Marta enumera un catálogo de medios caseros para el aborto y añade que “las operaciones son tan caras que en nuestro medio casi no se ocupan” (p. 239). Y Manuel, tan liberal en su vida sexual, recuerda sus palabras a Paula, cuando ella le habló de curarse: “¿por qué o de qué te vas a curar? ¿No quieres tener hijos míos ya? Yo no quiero por mujer a una asesina. No tienes derecho a quitar la vida a un ser que ni siquiera se defiende. Es más crimen... que uno que mata a un hombre a sangre fría. Y nunca perdimos un hijo” (p. 190).

En cuanto al robo y a la violencia, parece muy representativa la figura de Roberto. Puede seguirse su trayectoria desde los primeros robos infantiles (p. 65), a los robos organizados por el método del disparo (p. 192) para surtir el mercado de Tepito, hasta terminar en los robos grandes de Veracruz, que le permitieron una temporada de orgía en Chetumal (p. 414). Hay un momento en que el robo toma la modalidad típica de la mordida, cuando Roberto, siendo soldado, dejó pasar el ganado de los campesinos que debía ser sacrificado a cambio de doscientos pesos (“fue el momento decisivo de mi vida, porque si yo no hubiese dejado pasar a aquel hombre y si no hubiera aceptado aquel dinero, yo no me hubiera convertido en un calavera”) (p. 213). Roberto sigue un camino de violencia. Por un pleito tiene que salir de ejército (p. 214) y por

distintos pleitos ingresa tres veces a la cárcel, dos en México y una en Veracruz (pp. 224, 234 y 304).

#### 4.2. *Hiato entre conducta ética y fe religiosa*

Es importante preguntarse por la relación que ven los Sánchez entre su conducta ética y su fe religiosa, pues parece que no se les hizo o ellos no se hicieron esta pregunta. Desde luego tienen la idea de pecado y en concreto del pecado sexual. Basta recordar lo que dice Jesús sobre su trato con Lupita, cuando estaba viviendo con Leonor: “Es una cosa mal hecha, lo sé, pero fue entonces cuando comencé a tratar con Lupita” (p. 12), o las luchas de Manuel por su doble frente (p. 187). Pero no está clara la relación con Dios, ni una posible sanción en otra vida, ni mucho menos la culpa subjetiva de los que hacían tal falta, debido sobre todo a la poca formación religiosa. Solo Consuelo, que es precisamente la mejor formada y de personalidad más cultivada, parece tener una idea clara del pecado, como lo muestran sus reflexiones ya transcritas antes de entregarse a Mario, aunque acaba refugiándose en el cinismo (p. 300). También es notable el arrepentimiento por motivos religiosos que muestra Roberto, al confesarse con un sacerdote en la cárcel de Veracruz, aunque luego el medio vuelve a imponerse y acaba matando toda sensibilidad y formando una costra en la conciencia. Es lo que expresa bellamente Manuel en estas palabras:

La vida entre nosotros es más cruda, más real que entre las personas de dinero. Un chamacito de mi medio, a los diez años, ya no se espanta de ver el órgano sexual de una mujer, no se espanta de que otro tipo le esté sacando la cartera a una segunda persona, o de que le abran a alguno con un cuchillo; no se espanta de nada de eso. A base de ver tanta maldad, de verla tan cerca, empezamos a ver la vida lo que es en realidad. Todos los de mi clase empezamos a conocer las crueldades de la vida tan chicos que nos damos el primer raspón y se nos forma una costra. Esa costra nunca se nos borra —como las costras de sangre—, sino que ahí se nos queda permanente hasta que se llega a hacer una especie de coraza. Después es uno indiferente a todo; incluso la muerte no nos espanta. (p. 39)

A pesar de este cuadro duro, no hay que olvidar el sentido del deber que muestran muchas veces los Sánchez, como por ejemplo Jesús con su extensa familia, y el sentido de solidaridad que bota en las emergencias entre ellos. Además, no debe insistirse sin matices en el hiato entre religión y ética. Jonquieres, después de analizar el tema (1973: 59-65) llega a esta conclusión, que hago mía:

Frente a la extrañeza de ciertos observadores europeos de la América Latina que no logran comprender lo que llaman la yuxtaposición de la piedad religiosa y del inmoralismo, E. Pin observa que se comprende mejor esta aparente disyunción de la religión de las normas de comportamiento moral, refiriéndose al tipo de motivación religiosa de la gente<sup>6</sup>. Y es cierto que si uno deja de juzgar la religión de los hijos de Sánchez —y de tantos latinoamericanos— por referencia a un modelo conceptual de catolicismo que no se ha realizado en ninguna parte, según la acertada reflexión de Joseph Comblin, y trata al contrario de interpretarla en sus estructuras reales, se le manifiesta una *armonía muy normal* de los comportamientos religiosos, las motivaciones que los producen, su visión religiosa del mundo y sus creencias, sus actitudes, sus modelos de comportamiento moral y aun sus mismos comportamientos morales reales; éstos últimos no se le alejan más que en otras partes u otros medios del modelo que la gente se propone. (1973: 66)

## REFERENCIAS

JONQUIERES, Guido

1973 *¿Bienaventurados los pobres? Estudio socio-teológico basado en Los hijos de Sánchez*. México: Jus.

LEWIS, Oscar

1961 *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.

1961 *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 3.<sup>a</sup> edición.

1966 *La vida. Una familia puertorriqueña de la cultura de la pobreza*. México: Mortiz.

1969 *Una muerte en la familia Sánchez*. México: Mortiz.

MARZAL, Manuel M.

1970 "La religiosidad de la cultura de la pobreza". *Revista Catequesis latinoamericana* 7: 365-381; y 8. Asunción.

s/f *Tierra encantada. Antropología y religión en América Latina*. Madrid: Trotta; Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

